

antiguos señores del lugar, valientes caballeros de la Cruz que se inmortalizaron en la guerra contra los moros. Su raza había combatido, con hereditaria fidelidad, contra la media luna durante muchos siglos. Como es sabido, la sangre de los Puertocarrero está emparentada con los antepasados de la condesa de Teba, la emperatriz Eugenia. Los condes de Puertocarrero dormían su último sueño en la iglesia de la cual eran bienhechores. Las estatuas de alabastro de sus mujeres y de sus hijas, alineadas á lo largo de las paredes, señalaban el lugar de sus sepulcros. La débil claridad de la lámpara, con sus vacilaciones, y agrandando las sombras, parecía imprimir un movimiento fantástico á la inmóvil blancura de las tumbas. Entre aquellas fúnebres imágenes de la nada y de las pompas humanas, prosternado el mensajero del Altísimo ante el tabernáculo, en presencia del Cristo vivo en la santa Eucaristía, escudriñó nuevamente su corazón. El día siguiente, después de haber cumplido con sus religiosos, vió á sus antiguos amigos, el sacerdote Sánchez y Cabezudo, á quienes invitó para que fueran á verle en Palos, y á quienes enseñó los indios y el oro del Nuevo Mundo (1).

Colon no había cumplido aún enteramente con su obligación. Debía ir á Nuestra Señora del Cinto, en la misma provincia de Huelva, y sábase que se trasladó allá descalzo y en paños menores, conforme al tenor del voto.

Después de haber cumplido, en cuanto dependía de él, con los compromisos acumulados por la suerte sobre su cabeza, volvió Colon al convento de su orden, para ver otra vez á su amigo, su guía espiritual, el padre Juan de Marchena. Durante más de siete meses, había estado privado de los alimentos sagrados de la fe y falta del pan de los fuertes. Sentía la necesidad de dar nueva fuerza á su alma, de robustecerse con la benéfica calma de la Regla y disfrutar del reposo reparador del claustro. En el seno de su amigo depositó secretos que nadie ha sabido; lo que había padecido por parte de los hombres, lo que había recibido de Dios, las conjeturas particulares, que no confió al papel, sus dudas cosmográficas, bosquejos de su pensamiento, los osados corolarios de su intuición, todo lo derramó en aquel grande corazón cubierto con el pobre sayal de San Francisco. ¡Cuán fecundos debían ser en conocimientos superiores y aspiraciones hacia el Verbo divino, nuestro Redentor, de quien deriva todo amor y toda caridad entre nosotros, la confianza de aquellas dos almas tan ardientemente enamoradas de lo bello y de lo imperecedero, y cuánto debió serlo también la libre comunicación de los dos genios reflejándose el uno al otro, sencillos por su fe, pero sublimes por su intuición!

El Almirante no pudo pasar siete días cumplidos en la Rábida; porque debía

(1) Pleyto, *Probanzas del Almirante. Primera pregunta.*—Suplemento primero á la Colección diplomática.

ir á Sevilla, para esperar allí las órdenes de los Reyes, y llegó á dicha ciudad poco antes que el pliego de la Corte, que con fecha de 30 de marzo, se le dirigía con ese significativo sobre: «Á DON CRISTÓBAL COLON, NUESTRO ALMIRANTE DEL MAR OCEANO, VIREY Y GOBERNADOR DE LAS ISLAS DESCUBIERTAS EN LAS INDIAS.»

La misiva contenía felicitaciones por su feliz viaje, le invitaba para que tomara en Sevilla las disposiciones necesarias para una nueva expedición con proporciones más dignas, y le encargaba que cuanto antes fuera á Barcelona.

Aprovechando el retorno del mensajero, envió Colon á los Reyes un plan circunstanciado de organización para aquel embarque, hizo en Sevilla cuanto le permitían las disposiciones locales, y después emprendió el camino con los siete indios que habían resistido los sufrimientos de la travesía, y los objetos desconocidos que traía del Nuevo Mundo.

Martin Alonso Pinzon no se atrevió á entrar en Palos hasta después que Colon hubo salido para Sevilla. También recibió de la Corte una respuesta, que era humillante para su orgullo, y completaba por su severidad el castigo de su envidia. Aquel último golpe desvaneció su postrera esperanza. La envidia y la sed de venganza le acarrearón una calentura que le consumió rápidamente. Martin Alonso, que era hombre de mar consumado, habría podido conservar un puesto glorioso al lado del Almirante y asociarse á la inmortalidad de su descubrimiento, si, empleando la misma frase de Colon, hubiese sabido comprender LA HONRA (1) que le había hecho llevárselo consigo. Por haber querido ser el primero, cuando no estaba destinado más que á ser el segundo, perdió el fruto de sus trabajos, el premio de sus peligros y hasta lo que poseía antes de su partida: la felicidad y la consideración. Abrevió su vida que había manchado con la deserción, la insubordinación, la violencia, la impostura y el fraude.

§ III.

Mientras tanto, con la rapidez de una comunicación eléctrica, la fama había llevado ya hasta á las fronteras de España el anuncio del prodigioso acontecimiento que se celebraba en Palos, Sevilla y Barcelona. La noticia del descubrimiento iba propagándose de cada día; y como el itinerario de Colon le llevaba á la Corte atravesando las más florecientes y populosas provincias, reuníase un inmenso concurso á su llegada; los pueblos de Murcia, Valencia, Aragón y Castilla acudían

(1) «No mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, etc.»—*Martes, 8 de enero.*
TOMO I.

á su encuentro atravesando largas distancias. «Todo su viaje fué para él un continuo triunfo. Las aclamaciones de los pueblos, que lo dejaban todo para verle, resonaban en las carreteras y los campos. De todos los puntos por donde debía pasar salían á esperarle (1).» La aglomeración de gente que ocasionaba su llegada retardaba forzosamente su viaje, y hasta se veía precisado á detenerse en los pueblos y ciudades situados en su itinerario.

Abrían la comitiva, ménos pomposa que extraña, marinos de la *Niña* armados, sirviendo de escolta al estandarte real de la expedición, llevado por un piloto. Seguían despues marineros cargados unos de remos y de árboles desconocidos, de frutas enormes, cañas gigantescas, helechos arborescentes; otros de algodón en rama, pimiento, cocos, jengibre; coronas de oro, brazaletes, cintos, máscaras de oro, coronas de plumas, soberbias conchas, lanzas, espadas de madera y de hierro, arcos y flechas sin acero. Traíanse vegetales y animales desconocidos, vivos algunos, henchidos de paja la mayor parte; agutis, coris, guarubas, grandes lagartos, serpientes de lustrosas escamas, careys, aligadores y flamantes de color de rosa. El aspecto horrible de dos mónstruos clavados en grandes estacas producían el espanto y la curiosidad: eran dos iguanas (2). Poníanlas de manifiesto en medio de los gritos y movimientos de un sinnúmero de papagayos de distintas especies que se agitaban en sus perchas y charlaban un lenguaje bárbaro. Seguían los siete indios (3) engalanados con sus adornos nacionales, y cuidadosamente pintados de blanco y encarnado: precedían al reducido estado mayor de la expedición. Llegaba finalmente el Almirante vistiendo el traje de sus dignidades, montado en un caballo que dirigía con soltura, y detras de él sus tres escuderos que hacían esfuerzos por contener á la muchedumbre ansiosa de seguirle. Aturdidos y casi espantados los siete indios por el clamoreo de la multitud cuya curiosidad excitaban, se volvían á cada instante á su protector el Almirante, cuya benévola sonrisa les tranquilizaba.

La Historia lo ha consignado: no se formaba especialmente la afluencia para ver á los indios y los maravillosos objetos descubiertos que se ostentaban en su comitiva; sino que una curiosidad más noble justificaba aquel afán. Cada uno quería contemplar al Almirante (4), grabar en su memoria las facciones del hombre favorecido del cielo, que había traspasado el MAR TENEBROSO, y ensanchado

(1) Charlevoix.—*Histoire de Saint-Domingue*, liv. II, p. 107.

(2) La mayor de esas iguanas, muerta por Colon el 21 de octubre, media siete piés de largo; la otra muerta por Martín Alonso Pinzón, el día siguiente, 22 de octubre, sólo media cuatro piés de largo.

(3) Varios de los Indios de Cuba no habían podido resistir los padecimientos de la penosa travesía; otros habían quedado enfermos en Palos.

(4) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*, década 1.^a, lib. II, cap. III.

los límites de la tierra. Todos los brazos se agitaban, todas las cabezas se descubrían á su llegada: era aquello un saludo universal. Las madres lo enseñaban á sus tiernos hijos, y oraban por él. De esta manera seguía su camino á cortas jornadas, recibiendo las muestras de admiración y entusiasmo, los aplausos y bendiciones del público. Dulcemente conmovido con estas demostraciones el héroe cristiano, refería á Dios solo el triunfo. Con todo, el incomparable afán de los pueblos le servía de confirmación de la grandeza de la obra para la cual se había dignado escogerle la Providencia.

Como el pueblo llevado de su entusiasmo se adelantó en su ovación á las órdenes de los Reyes, la etiqueta tan rigorosa de la Corte tuvo que ceder ante aquella corriente unánime. Los Reyes prepararon al Almirante una recepción hasta entónces inaudita, tanto para satisfacer á la opinión, como para remunerar con una muestra sin ejemplo un servicio que no tenía igual.

El 15 de abril (1), día en que Colon debía entrar en Barcelona, salieron á recibirle gran parte de los habitantes, precediéndoles á caballo la flor y nata de la juventud; una comisión de la Corte, enviada para esperarle, le aguardaba extramuros de la ciudad. El cielo estaba despejado y radiante de luz como si quisiera contribuir al mayor realce de la solemnidad. La naturaleza tempranera de la comarca ostentaba la precocidad de sus ricos productos. El sol brillaba con sereno esplendor. Con su frescor esparcía la brisa del mar los aromas de las rosas y de las flores de azahar que comenzaban á abrirse. Por una nueva disposición que se dictó ensancharon el vasto salón de ceremonias en el palacio de los Reyes, le hicieron accesible á la vista del pueblo y adornáronle espléndidamente. Debajo de un magnífico dosel de brocado de oro se habían levantado dos tronos, una banqueta de terciopelo con franjas de oro, y muy cerca un rico sillón colocado algo más adelante.

Los dos reyes, ceñida la frente con su corona, revestidos con todos los atributos de la soberanía, entraron y se sentaron cada uno en su trono, momentos ántes de la llegada de Colon, precedidos, segun el ceremonial de costumbre, de sus heraldos de armas, mensajeros y toda su corte.

El príncipe real tomó asiento en la banqueta.

El sillón quedó vacío.

Los grandes empleados de ambas casas reales, los ministros, los consejeros de Estado se colocaron á derecha é izquierda, algo detras de los tronos. En un lado los dignatarios de Aragón, en otro los de Castilla, y más apartados los empleados civiles de las dos casas, los caballeros, los escuderos, los pajes, cada uno segun

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. XLII

su categoría. En el recinto reservado habían ocupado su puesto las damas del palacio, los prelados, los ricos hombres, la nobleza; en la parte exterior de la balaustrada estaban en pié los proveedores de ambas coronas y los afortunados paisanos de la clase media protegidos por algún familiar de la Corte.

Oíase afuera el indescriptible ruido de la muchedumbre; las angostas calles de Barcelona rebosaban de gente impaciente por ver. En todos los balcones adornados con flores y colgaduras, se agitaban los ramilletes, los abanicos y las mantillas (b). De cada azotea, y hasta de los tejados llenos de espectadores, salían confusos rumores, expresión de la universal alegría. Poquito á poco fué aumentando el unánime murmullo, se hizo más fuerte y vigoroso y se cambió en estrepitosas aclamaciones, cuyos acentos llegaban á oídos de los Reyes.

Los animados gritos del pueblo y la vuelta de los caballeros enviados á las puertas de la ciudad anunciaron la llegada del cortejo. Muy pronto se vió entrar, rodeado de los oficiales de la expedición, el estandarte real, tan felizmente devuelto de allende el MAR TENEBROSO. Todos admiraban á aquellos hombres de tez tostada que le habían seguido al través de tantos peligros. La curiosidad fijaba sus miradas en los objetos desconocidos traídos del Nuevo Mundo: en las plantas, animales vivos ó conservados, sobre todo los indios desnudos y tímidos, embadurnados á su moda.

Colon se presentó finalmente, tan sencillo, tan modesto en la magnificencia de su traje como cuando se alejaba de los muros de Santa Fe. Personificaba la modestia que se desconoce y la sencillez que nace de la grandeza. Su corazón, empero, estaba inundado de santa alegría, porque su frente radiaba sublime serenidad. Parecía que el esplendor del triunfo, iluminando sus sienes, rodeaba de una aureola su cabellera cana y ensortijada. En sus facciones dilatadas por la dicha se revelaba el sentimiento de la augusta misión que había llevado á cumplimiento.

Al divisar los dos reyes al revelador del Nuevo Mundo, se levantan de sus asientos (1) por un arranque repentino, hicieron un movimiento hacia adelante como para ir hacia él, y le alargaron las manos con amabilidad. Obediente siempre á la autoridad, iba Colon, en señal de homenaje, á besar las reales manos.

(b) El autor, muy versado en la historia de Colon, no lo está tanto en indumentaria catalana. Á últimos del siglo xv, en cuya época ocurrió la entrada de Colon en Barcelona, las catalanas no vestían la mantilla—que aquí huele á maja andaluza,—ni usaban el abanico, tal como lo dice.

Cuando los corresponsales de periódicos franceses han sido tan *exactos y verídicos* en pintar las cosas de España, que *vieron en Madrid*, durante las fiestas reales celebradas este año en la Corte, con motivo del enlace de S. M. el rey D. Alfonso XII, no debemos extrañar ese dislate del autor de esta historia—francés al fin—tratando de costumbres españolas que llevan cuatro siglos de fecha.

(1) «Á su llegada se levantan los benignos Reyes.» — Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, tom. I, lib. IV, § 15.

doblando la rodilla, según la etiqueta de Castilla; pero no lo consintieron Isabel y Fernando. Confundida la reina por tanta modestia le mandó tomar asiento cerca de ella en el sillón que se le había preparado. «Don Cristóbal Colon, dijo Isabel, cubrios delante de vuestros Reyes, sentáos cerca de ellos. Sentáos, Almirante del Océano y Virey del Nuevo Mundo (1).» La reina, con los ojos brillantes de alegría, ternura y admiración «no se sentó hasta que, por su orden, se hubo cubierto Colon como un grande de España, y se hubo sentado ántes en un sillón que se había colocado expresamente delante del trono (2).» Cuando le hubieron cumplimentado galantemente, le invitaron los Reyes á que les refiriera la historia de su descubrimiento.

Inútilmente se ha descrito varias veces la recepción de Colon en Barcelona. Descuidando siempre los historiadores la parte espiritual y cristiana de esa solemnidad, han casi omitido el discurso de Colon por esa inauguración del Nuevo Mundo, y quizás ignorado esa lección de ciencia comparada, la primera quizás que se haya dado en la tierra.

Permitasenos, pues, reparar ese olvido; y, ya que no se nos ha transmitido el mismo texto de dicha alocución, séanos dado restablecer el orden de los hechos y de los datos generales cuya exposición ocupó aquella sesión.

Accediendo á la invitación que se le había hecho, dando el revelador del Nuevo Mundo una tranquila mirada en torno suyo, como para tomar por testigo de sus palabras á toda la concurrencia, después de haber consignado que el verdadero carácter de la expedición de la que regresaba era cristiana ántes que todo, y, secundariamente, científica y política, declaró que los favores que Dios tenía á bien conceder á España por su empresa, parecían la recompensa de la piedad y del celo por la religión de los Reyes. Mostró el espacioso Océano vedado hasta entonces á la curiosidad de los mortales, abierto en adelante á las escuadras de España, el glorioso estandarte de Castilla llevado al hemisferio de los Antípodas, de las tierras sin nombre visitadas por la Cruz. Hizo después la sucinta y metódica relación de su viaje, desde su partida de las islas Afortunadas hasta el momento en que había salido de aquellas regiones sin nombre, cuyo inventor era él por la gracia divina (3).

Con el talento de clasificación y orden que le era peculiar, comenzó por describir el suelo, el aspecto geológico y mineralógico de las tierras descubiertas; las riquezas del reino vegetal que había admirado, las diversas clases de animales acuáticos y terrestres que había observado.

(1) Amadeo de Pastoret. *Histoire des decouvertes*, Ms., p. 96.

(2) El P. Ventura de Raulica, *La Mujer católica*, tom. II, p. 323.

(3) «Expuso las singulares mercedes que por su medio concedía Dios á los pios monarcas. El espacioso Océano, cerrado ántes á todos los mortales, ya patente á las armadas de España, etc.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, tom. I, lib. IV, § 16.

En apoyo de la exposicion general de las producciones del Nuevo Mundo, mandó presentar á la augusta reunion las muestras que de allí habia traído, y eran:

Succino,—diversas clases de ámbar,—grumos de diversas tierras coloradas, propias para la pintura,—diferentes minerales en bruto,—conchas, avículas perleras,—piedras preciosas,—oro en su obroque,—oro en polvo,—oro en granos,—oro puro—y oro labrado.

Pasando á los vegetales, puso de manifiesto gomas,—resinas,—plantas medicinales,—yerbas aromáticas,—especerías,—maderas para tintes,—taraceas,—algodon,—maiz,—batatas,—harina de maní,—cañas sustanciosas,—y el tubérculo feculoso, convertido hoy en alimento del pobre, y que se llama patata.

Después, para hacer resaltar mejor la diferencia de las producciones de aquellas nuevas comarcas comparativamente con sus congénicos en el mundo antiguamente conocido, hizo Colon la presentacion de animales raros, terrestres unos, anfibios otros; llenos de paja unos, embalsamados otros, y algunos vivos.

Luégo que hubo terminado la poética revista de los tres reinos de la naturaleza, entrando, finalmente, en la historia del hombre, que es su coronamiento, llamó la atención acerca de los siete indígenas presentes; señaló las diferencias características de su raza, pintó su estado social, la sencillez de sus costumbres, su creencia religiosa bastante confusa y limitada, pero que parecía exenta de supersticiones idolátricas, y que, por lo tanto, les disponía para recibir el Evangelio.

La mirada luminosa de Colon, la dignidad de su actitud, su voz persuasiva, la poesia de sus imágenes, la valentía de su expresion, la autoridad de su gesto, al realzar la novedad de aquel espectáculo, eran proporcionados á la majestad del asunto y tenían en suspenso la atención de todos. La expansion de su alma, penetrada de las maravillas de Dios, se encontraba en íntima armonía con el espíritu de aquella época y los sentimientos particulares de aquella Corte guerrera, que el año anterior habia enarbolado la Cruz en las torres del mahometismo. La concurrencia escuchaba sin respirar y llena de interés siempre vivo aquella lección de Geografía descriptiva y de Historia natural comparada, que daba Colon de un modo tan enérgico en medio de las personas más ilustradas de España. Nadie sintió fastidio ni cansancio durante la enumeracion de las maravillas del Nuevo Mundo.

La empresa del descubrimiento se habia intentado teniendo á la vista sobre todo la gloria de Dios, la propagacion del Cristianismo, y con el fin de que el nombre de Jesucristo fuese bendecido en los extremos de la tierra. Y como al terminar su discurso, asegurase que infinito número de almas, privadas hasta entonces de la luz, entrarían muy pronto en el seno de la Iglesia y, merced á la piedad de los Reyes, participarían de la Redencion, y el acento de su ardiente fe y su tierna caridad comunicase á los corazones esa consoladora esperanza, llegaron

á su colmo el entusiasmo y el fervor, y, presa la concurrencia de indescriptible emoción y de inexplicable ternura dió muestras de vivo entusiasmo. Dejándose llevar de un impulso irresistible, arrodillanse súbitamente la reina, el rey, la corte y el pueblo, alzan las manos al cielo, alaban á Dios y derraman como Colón abundantes lágrimas de felicidad. Resuena en el mismo instante el canto de la victoria, el triunfal *Te Deum*, entonado por los cantores de la capilla real. Contéstales la compacta voz del pueblo, propágase el entusiasmo al exterior, y participa de él toda la ciudad.

Inmediatamente después, radiante todavía Colon de felicidad, conmovido por el entusiasmo que excitaba su presencia, se despidió de los Reyes, inclinándose, y pasó á la habitacion que ellos le habian preparado. Los señores de la Corte, le acompañaron hasta la puerta, rodeados de la multitud que no se cansaba de contemplar y aplaudir al grande hombre, que era visiblemente ministro de la Providencia.

§ IV.

La fama del acontecimiento más grande é importante, para la ciencia y la humanidad que jamás se haya realizado, se propagaba por todo el litoral europeo, llegaba hasta los pueblos del centro, é iba á penetrar muy pronto en el Oriente.

La noticia salía de Lisboa, Cádiz y Barcelona con cada embarcacion que se daba á la vela desde aquellos puntos; así llegaba á Florencia y Sena por los marineros de Pisa y Liorna, al mismo tiempo que el Senado de Génova la sabia por el regreso de sus embajadores Francisco Marchesi y Juan Antonio Grimaldi. Pedro Mártir de Angleria se apresuró á escribirlo á Milan, al conde Juan Borromeo, caballero de la milicia de oro (1). El anuncio del prodigio recorrió en poco tiempo los Estados cristianos, y desde el Adriático á la Gran Bretaña, causó en todos los marinos una sensacion difícil de explicar. El célebre Sebastian Cabot, que se hallaba entonces en la corte de Inglaterra, confiesa que se consideró allí el descubrimiento como una obra más divina que humana (2); y así lo comprendía también el ilustre navegante.

Pero en la capital del mundo cristiano fué donde la noticia excitó la más profunda sensacion.

(1) Petri Martyris. *Opus epistolarum*, lib. VI, epíst. cxxxii.

(2) «A thing more divine than human.» — *Memoir on Sebastian Cabot, illustrated, etc.*, p. 10. — Hackluyt, *Collection de Voyages*, p. 7.